

KAREN VIGGERS

LA ISLA
de la
MEMORIA



KAREN VIGGERS

LA ISLA DE LA MEMORIA

Traducción de María José Díez Pérez



Título original: *The Lightkeeper's Wife*

© Karen Viggers, 2011

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-670-5248-0

Depósito legal: B. 10.346-2018

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

1

La carta permaneció sobre la mesa tres días sin que Mary fuera capaz de tocarla. Cada vez que la miraba, el corazón se le agitaba como si fuese un pájaro salvaje encerrado en una jaula. Acomodó su vida a ella, procurando evitar la cocina, comiendo en la sala de estar con un plato que sostenía como podía en el regazo, tomando el té a toda prisa en el fregadero y llevándose el teléfono a otra parte cada vez que sonaba. Era ridículo, y lo sabía, pero la letra que leía en el sobre la ponía nerviosa. Dios sabía por qué no podía deshacerse de la carta; debería haberla tirado a la basura o haberla quemado en la chimenea, pero se sentía incapaz.

Vivía con una sensación de pánico que iba en aumento, dormía mal. ¿Y si volvía el portador de la carta? Tenía que hacer algo. Pero ¿qué? Esa carta era una carga, pasado y futuro fundidos. Se notaba de mal humor e irritable. Tendría que estar viviendo un momento apacible, ahora que Jack había muerto y su salud iba de mal en peor, pero la carta la devolvía a la vida. Insistía en que tomara el control.

La noche del tercer día asomó una idea entre sus inquietos pensamientos, y por la mañana entró en el estudio y se puso a revolver un montón de papeles que tenía en el escritorio, buscando un folleto que le había dado alguien hacía meses. No lo había tirado, por si acaso. La carta fue el catalizador; había llegado el momento de volver. Le habían

atado las manos, y ella debía enfrentarse al pasado antes de decidir qué hacer.

Encontró el folleto debajo de una vieja factura de la luz y llamó al número que figuraba en él. Después abrió el listín telefónico en la encimera de la cocina e hizo otra llamada. Por último, sacó una maleta y metió en ella ropa interior, jerséis, chaquetas, pantalones de lana, un abrigo, una bufanda gruesa y un sombrero, todo ello primorosamente doblado.

Cuando tuvo la ropa lista, fue por la carta. Hizo además de cogerla y esbozó una sonrisa irónica; se estaba comportando como si ésta pudiera explotar. Y en cierto modo suponía que era así; la habían puesto en su vida y era perfectamente capaz de hacer pedazos el tiempo que le quedara. Al final la cogió, pasando el pulgar por el suave papel mientras la llevaba a la habitación, y la metió en un bolsillo lateral de la maleta. Luego se acercó a la estantería y sacó un viejo álbum de fotos que también metió en la bolsa, encima de la ropa. Ya estaba lista.

En la quietud de su dormitorio, contempló las oscuras sombras que atravesaban la cama y se rezagaban en los rincones. Había vivido allí, en esa vieja casa de Hobart, durante veinticinco años, compartiendo la jubilación y el deterioro de su marido, el terrible proceso de ver cómo alguien a quien se quiere se aparta de la vida.

Veinticinco años; una gran parte de su vida en común. Habían pasado muchas cosas: habían envejecido, habían tenido un nieto. Así y todo, ella nunca había considerado Hobart su hogar. Para ella su hogar siempre sería la isla de Bruny. La luz reflejándose en el agua cambiante. La voz hueca del viento. El faro. El vasto tramo meridional de Cloudy Bay... Lo propio era que fuese allí ahora, al lugar donde había conocido a Jack, donde se había sentido viva por primera vez. Y más que eso, se lo debía a Jack. En Bruny lo recordaría mejor. En cierto modo, allí se reuniría

con él, rememoraría los buenos tiempos, esos primeros días en que tomó forma la base de su amor y sellaron su compromiso.

También se debía a sí misma volver. Se estaba quedando sin tiempo y tenía viejas heridas emocionales de las que debía ocuparse antes de morir, asuntos que había desatendido al sumirse en la balsámica monotonía de la vida cotidiana. Necesitaba encontrar paz y tranquilidad interior. Aceptarse a sí misma. Poder desprenderse del sentimiento de culpa. Y esas cosas sólo las podría hacer en la isla de Bruny.

Además, debía decidir qué hacer con la carta.

El domingo por la mañana, Mary se sentó en el sofá de la sala de estar. Media hora antes se había tomado su última taza de té, había lavado y secado la taza y la había puesto en el armario. Ahora se sentía entumecida, había estado demasiado tiempo sentada, sin moverse, escuchando el reloj de la repisa de la chimenea, que hacía tictac en el vacío. Lo normal habría sido que estuviera escuchando la radio, las noticias y los programas de actualidad de la ABC, pero esa mañana necesitaba silencio. Había demasiadas cosas en el horizonte. Demasiadas cosas que tener en cuenta. El aire puro de Bruny la llamaba. El olor de los árboles cargados de humedad. La sal en el viento. Quería irse de donde estaba.

Oyó que llegaba un coche y el ruido sordo de una puerta al cerrarse. Jacinta, por fin.

Su nieta entró en la habitación con la frescura de la juventud, toda ojos castaños y sonrisas y extremidades largas y distendidas. A sus veinticinco años, físicamente era igual que su madre, aunque no le habría hecho ninguna gracia oír eso. Se inclinó para darle un abrazo, y Mary la estrechó entre sus brazos, disfrutando la sensación de ju-

venil firmeza, la tersura de la piel perfecta. Cuánto y con cuánta tristeza había llorado Mary la pérdida de la juventud y el deterioro, con las arrugas y las carnes fofas y el ensanchamiento de cintura. Su pelo fuerte y ondulado reducido a unos mechones finos. Con el tiempo había aprendido a aceptarlo y se había quedado con otras cosas: placeres sencillos como el canto de los pájaros, un asado rico, buena compañía, un libro querido, la comodidad de lo que no hacía falta decir para que se entendiera.

—¿Seguro que estás en condiciones de hacer esto, nana?
—Jacinta la miraba con atención para averiguar la respuesta.

Siempre había tenido una intuición asombrosa para saber cómo se encontraba Mary física y emocionalmente. Eso era parte de lo que hacía que su relación fuese especial, y tan distinta (por suerte) de la que Mary tenía con la madre de Jacinta, en la que eran frecuentes las discusiones. Con Jan siempre existía esa tensión tan particular que suele darse entre madres e hijas.

En las visitas que le hacía cada quince días, de un tiempo a esa parte Jan cada vez hablaba más de las residencias de ancianos; incluso se había ofrecido para acompañarla a ver algunos lugares adecuados que Mary podía tomar en consideración. Sin embargo, ella se negaba en redondo. No quería morir en la cama de un hospital, con tubos saliéndole del cuerpo como si fueran espaguetis. Además, las residencias eran caras, y no quería ser una carga para sus hijos. Sabía lo que era cuidar de una persona moribunda, lo había hecho con Jack. Tal vez a su familia no le gustara lo que había decidido, pero era la mejor opción. Era su opción. Su decisión. Lo iba a hacer por ella misma.

—Segurísimo —se apresuró a decir—. Ésta es mi última oportunidad. —Echó mano del bastón—. ¿Nos vamos?
—Señaló con un movimiento el equipaje, que estaba cerca de la puerta, intentando mostrar despreocupación, aunque era difícil, sabiendo que la carta estaba dentro—. Ésa es mi

maleta. Y he metido algunas cosas en la cesta para hacer un pícnic.

—¡Una maleta! —Jacinta se rio—. Pero si sólo vamos a pasar el día.

Salieron de Hobart y pusieron rumbo al sur en la triste luz de la mañana. La sombra púrpura del monte Wellington se cernía sobre ellas, con orugas de niebla aferrándose justo por debajo de la cima. Unas nubes bajas se apoderaron de la mañana, y daba la impresión de que el día ya era pesado. Por la oscura hendidura de la zanja, los cuervos picoteaban zarigüeyas muertas, aplastadas en la carretera mojada.

En la rotonda de Kingston, Jacinta consultó el reloj.

—¿Has mirado el horario de los ferris?

—Hay uno a las nueve y media. Podemos tomar un té mientras esperamos.

—¿Y el desayuno? ¿Has desayunado?

—Sí, claro. Llevo en pie desde las cinco. —Había tardado mucho en ducharse y prepararse.

Jacinta se lamentó:

—Ojalá yo fuera capaz de salir pitando tan temprano.

A Mary le vino a la memoria la estridente alarma y la sensación de que le faltaba el aire que siguió.

—Lo que se dice «salir pitando» no fue —afirmó.

Jacinta sonrió.

—Yo no me he duchado. Espero no oler mal.

—Sólo a tostadas con Vegemite.

—Pues el Vegemite huele fatal.

—Hay cosas peores.

Las dos se echaron a reír.

Mary cuidaba de Jacinta cuando era pequeña mientras Jan daba clases. Se lo pasaban bien juntas, y ella sentía una gran satisfacción haciéndolo; después del faro, le había

dado algo en lo que centrarse, algo sin lo cual se habría marchitado. Mary sabía que le caía bien a Jacinta, al contrario que a Jan, que siempre había mostrado su desaprobación. En cierto modo, Mary no había sido la madre que Jan quería, aunque no tenía muy claro que hubiera alguien que pudiese estar a la altura de sus expectativas. A Jan le pesaban los años que habían vivido en el faro. Afirmaba que ese sitio le había limitado la infancia y que había perdido oportunidades, significara lo que significase eso. Mary era incapaz de imaginar qué clase de cosas fantásticas imaginaba Jan que le habrían pasado en las afueras de Hobart.

Era verdad que sus vidas no habían sido fáciles en el faro. El aislamiento había traído consigo desafíos: en el cabo no había más niños, en la cocina había poca luz para hacer los deberes, los alimentos frescos eran escasos, en invierno no iba nadie a verlos, el tiempo era malo. Pero la falta de comodidades se veía compensada con la simplicidad y el contacto con la naturaleza, el cielo y el mar infinitos, la pesca, las posibilidades de exploración, los pícnicos en la playa, el espacio para vagar. A Mary aún se le encogía el corazón sólo de pensarlo. Así y todo, Jan estaba convencida de que le habían sido negadas las cosas importantes: compañía, amigos y cultura. Desde entonces había sudado tinta tratando de crear la vida que ella creía que le había sido arrebatada. Y eso había ahuyentado a su marido, Mary estaba segura de eso.

Y, sin embargo, Mary todavía se acordaba de lo mucho que le gustaba a Jan montar en poni por la playa de Lighthouse. De cómo corrían Gary y ella por las colinas tapados con sendas sábanas, fingiendo ser fantasmas. Las hogueras, y las gloriosas navidades, los adornos y los regalos. Por aquel entonces estaban sólo ellos cuatro: Mary, Jack y los dos niños, y paseaban en noches iluminadas por la luna, con el destello del faro hendiendo la oscuridad.

Mary recordaba esas joyas de la infancia de Jan, aunque Jan hubiera decidido olvidarlas.

Se acordaba menos de Gary, su segundo hijo, que pasaba mucho tiempo con su padre trabajando en el cobertizo o dándole patadas a un balón entre las matas de hierbas, persiguiendo gallinas, corriendo hasta la playa. No mucho después de que llegara el hijo menor, Tom, Jan y Gary fueron a un internado en Hobart. Tom creció solo en el cabo, deambulando a sus anchas. Era el único que hablaba del faro con cariño. Cuando empezaron a ir a la universidad, Gary y Jan se morían de ganas de salir de allí.

Se supone que los padres no tienen favoritos, pero Mary siempre había tenido una actitud protectora hacia Tom. Era su hijo sensible, el que tendía a sentir una pasión profunda y un dolor desgarrador. Los quería a todos, de eso no había ninguna duda, pero Tom era especial. La necesitaba más que los otros dos. ¿O acaso era ella quien lo necesitaba a él?

Se acordó de la carta y se estremeció. Podía arruinarlo todo: su familia, lo que creían sus hijos. Debía asegurarse de que no la descubrieran. Era ridículo que no la hubiese destruido aún. ¿Qué se lo impedía?

Suspiró e hizo un esfuerzo para no llorar. Pronto estaría en Bruny. Con Jack. Y lo vería todo más claro.

En Kettering esperaron en la cola detrás de un número reducido de coches y un camión de ganado vacío. Jacinta desapareció en la terminal del ferri mientras Mary permanecía en el coche, contemplando cómo rozaban el agua ráfagas de viento. El cielo se había despejado un poco, pero seguía reflejando el gris acerado del mar. Al otro lado del canal D'Entrecasteaux, Mary veía las suaves colinas de North Bruny. No muy lejos, el ferri había dado la vuelta a la punta y se dirigía hacia ellos.

Habían pasado muchos años desde la primera vez que cruzó a la isla de Bruny; entonces cogió el ferri más al sur, en Middleton, y llegó a la parte meridional de la isla. Efectuó la infeliz travesía sola, dejando a sus padres en Hobart para irse a vivir a la granja de su tío. Rehaciendo su vida —y no por decisión propia— a una edad importante, los dieciséis años. Se preguntó cómo habría sido ésta si no la hubieran mandado a Bruny, y no era la primera vez que lo hacía.

Jacinta volvió con bebidas calientes, y Mary tomó el té aliviada. Pensar en el pasado hacía que le entrase frío, y, sin embargo, ¿en qué otra cosa podía pensar? Se había embarcado en ese viaje para recordar lo mejor de él, pero en el recuerdo estaba implícito el dolor. Se precipitó al beber el té y se quemó la lengua.

—¿Cómo está Alex? —preguntó para apartar sus pensamientos del pasado.

Alex era el novio de Jacinta. Hijo de un abogado, era un muchacho callado, positivo y afable. A Mary le caía bien.

—Está bien. —Jacinta hizo una pausa—. En este momento, algo presionado. Por parte de su familia, sobre todo de su madre.

—¿Acaso no es siempre así?

Jacinta apretó los labios.

—Quieren que sea socio del bufete, pero es demasiado pronto. Sólo hace un par de años que terminó la universidad.

—Y ¿qué quiere él?

—Ésa es una buena pregunta. Ojalá se la hiciera su madre, pero está emperrada en salirse con la suya.

—Tener a Alex en el negocio familiar y a ti fuera de juego.

—¿Cómo lo sabes? —Jacinta la miró de reojo.

—No es más que una suposición. Empiezas a ejercer demasiada influencia. A apartar a su hijo.

—¿Son todas las madres así?

Mary se rio.

—Yo no. Fue un alivio cuando Judy pescó a Gary. Pensaba que nunca se casaría.

—¿Y Tom?

Mary vaciló antes de contestar. Sí, Tom. Hacía ya nueve años que había vuelto de la Antártida y seguía sin dar señales de haberse recuperado.

—Acabará solucionando sus problemas —afirmó—. Y ¿qué hay de ti y de Alex?

—Creo que necesita ver un poco más de mundo antes de que el trabajo le robe la vida.

Mary esbozó una sonrisa irónica.

—¿No es lo que hacen siempre los abogados? ¿Ganar dinero a espaldas?

Jacinta arrugó la frente.

—No quiero que se sacrifique por mí. Necesitamos irnos a vivir juntos y llegar a un compromiso antes de que se vuelque en su carrera.

—Y ¿está preparado para hacer eso?

—Creo que sí.

—Bien. Tienes un plan.

A Mary le gustaban los planes, porque eso significaba que uno estaba a más de medio camino de conseguir que las cosas salieran bien. Alex debería estar preparado, Jacinta era una chica especial. Crear un hogar quizá acelerara las cosas.

Mientras hablaban, el ferri se había aproximado al embarcadero, los motores parados, y se había detenido con un topetazo. El personal de cubierta arrojó pesadas maromas para anclarlas en los bolardos, después se bajaron las pasarelas y los vehículos procedentes de Bruny se alejaron traquetean-do. La fila de coches avanzó y Jacinta entró en el ferri. No eran muchos los vehículos que iban a cruzar, así que sólo se llenó la cubierta inferior. Cuando todos estuvieron aparca-dos, subieron las pasarelas y la vibración de los motores sacudió las cubiertas mientras el transbordador se alejaba.

Rodearon la punta, desplazándose despacio hacia el sureste. Mary se bajó del coche, se puso el abrigo y el sombrero y fue hacia la parte delantera del ferri lentamente. Era su lugar preferido, desde allí veía cómo espumaba el agua en la proa y cómo las gaviotas surcaban el aire glacial. Había cruzado el canal muchas veces, en ocasiones con los niños, tratando de poner freno a su entusiasmo cuando pedían subir para disfrutar de una vista mejor. Otras veces sola, con espacio para diseccionar su vida.

Aparentemente, pedir felicidad no era pedir mucho. En general, Jack y ella habían tenido suerte. Se las habían arreglado para volver a unirse en los momentos difíciles. Mary debía sentirse orgullosa de lo que habían conseguido.

Tiritando, dirigió la vista hacia North Bruny. El agua era cristal líquido, y el frío cortaba como el hielo. Un típico día de finales de otoño. La clase de día que hacía que el sur fuese como era. Esa luz alargada, gris, brumosa. La hizo sentir nostálgica.

Jacinta fue a su lado y se cogieron del brazo. Calor versus frío. Fuerza versus cansancio. Al cabo de un rato, Jacinta la llevó de vuelta al coche. Se sentaron con el motor en marcha y la calefacción encendida, contemplando las bajas colinas arboladas de North Bruny, que cada vez estaban más cerca y daban paso a praderas con árboles y cercas de alambre.

Mary se sorprendió al darse cuenta de que las lágrimas volvían a agolparse en sus ojos.

Mientras se dirigían al este de la isla, Mary veía desfilar los potreros, desdibujados. Inclínada hacia delante en su asiento, intentaba retener cada detalle del paisaje. Ese viaje era distinto, sabía que no volvería a pasar por ese sitio. La tierra se estaba secando, incluso allí, donde solía ser tan exuberante. Se acordó de cuando la lluvia caía con fuerza

en toda la isla y la cubría de verde. Ahora las tormentas que azotaban South Bruny perdían fuerza cuando llegaban a la parte norte de la isla, que ahora estaba tan agrietada y curtida como su propia piel.

Sus ojos escrutaban el paisaje en busca de la vieja Bruny, las cosas que Jack y ella amaban. Se le había olvidado las curvas que describía la carretera por las colinas. Unos cisnes negros descansaban en la presa de una granja, y en un potrero había dos gansos blancos. Le sorprendió ver troncos de un gris blanquecino apilados a la espera de convertirse en leña. Con la cantidad de bosque que había desaparecido, ¿cómo era posible que la gente siguiera desbrozando?

Giraron hacia el sur en la carretera principal de Bruny y dejaron atrás marismas donde ostreros píos recorrían las zonas poco profundas pescando cangrejos. En el monte se oía el tableteo de mieleros amarillos. Tras recorrer un tramo corto de carretera asfaltada que atravesaba Great Bay volvieron a la gravilla, pasando por tierras de labranza costeras en las que las ovejas sucias competían con los helechos.

Llegaron al istmo de Neck; en el aparcamiento, junto a la carretera, había un puñado de coches. Desde ese punto, una pasarela de madera atravesaba las dunas y subía por la colina. Mary conocía bien ese sendero. Bajo la pasarela anidaban un millar de pardelas y pequeños pingüinos. Si uno sabía dónde mirar, podía distinguir pequeñas huellas palmeadas que se entrecruzaban entre las hierbas ondeantes.

La carretera que discurría paralela al istmo sólo llevaba abierta unos años la primera vez que visitó ese sitio con Jack; antes, la gente solía conducir por la arena del lado del canal cuando la marea estaba baja. Jack y ella se sentaban cogidos de la mano en la vasta y agreste playa oceánica, viendo cómo volvían a tierra los pingüinos negros de plumaje reluciente, la luna arrancando destellos blancos a las orondas

barrigas. Por esa época la colonia estaría desierta, los últimos polluelos regordetes de pardela habrían abandonado el nido a finales de abril, listos para migrar a Siberia.

Mientras el coche enfilaba el estrecho istmo de Neck, Mary se acomodó en el asiento y cerró los ojos, recordando la subida por la colina. Hacía mucho tiempo, la pasarela no era más que una accidentada pista que discurría por la cima. Ella solía subir allí, sin aliento, con Jack y los niños para contemplar extasiados las vistas, esa amplia extensión de cielo y costa que se derramaba por el sureste a lo largo del istmo hasta Adventure Bay y el cabo Fluted. Se veían los montículos de South Bruny, las largas líneas de olas que rompían en la playa. Al oeste se distinguían las siluetas de cisnes negros dejándose llevar a la deriva por el canal. Recordaba el calor de la caminata. La deliciosa dentellada del viento. La lluvia azotando South Bruny.

Ahora, la pasarela hacía que los turistas reclamaran la cima. La isla se había convertido en un destino turístico, y la palabra «aislamiento» ya no era válida en ese sitio. Bruny seguía siendo el lugar que Mary amaba, pero ya no era el mismo. Y tenía que aceptar ese hecho. El cambio era el futuro. Sonrió para sus adentros; lo llamaban progreso, pero ella sabía que no era así. La isla era su pasado, su vida con Jack. Su todo.